dió la primera, pidiéndome que la leyera en voz alta. Referirte por menor todo lo que pasó en nuestra lectura, seria imposible. Solo puedo decirte en general, que jamas se ha leido con mas atencion, ni escuchado con mas vivo interés.

Quando me parecia oportuno, yo no dexaba de hacer mis reflexîones; pero era Teodoro el que mas abundaba en ellas. Yo le observaba lleno y empapado de quanto las cartas contenian: así conocí fácilmente que las habia leido muchas veces, y con mucha atencion. Pero como sus interrupciones y apóstrofes se multiplicaban tanto, la lectura se prolongó mucho, y nos fué preciso emplear un gran número de noches para concluirla. Yo no soy capaz de referirte individualmente todo lo que pasó: el tiempo y la memoria me faltan para ello; pero para que formes una idea, te contaré alguna de las circunstancias mas notables.

Quando leiamos algunas de tus conversaciones con tu Director sobre *Voltaire*, *Rouseau* y los otros Filósofos del dia, que con tanto empeño se han dedicado á desacreditar la Religion; sí, exclamaba Teodoro con ardor, sí: esos son monstruos perversos, furias que se han escapado del infierno para corromper al mundo: ¡Qué daño han hecho! ¡Desdichado el incauto que los lee sin estar ántes bien instruido! ¡Desdichadas las gentes tan ciegas, que los estiman! Presto perderán su Religion y sus costumbres, y con ellas la paz y la tranquilidad. La juventud débil y propensa á escuchar con agrado lo que lisonjea sus pasiones, los leerá con ánsia, los creerá sin exámen sobre su palabra, y se abandonará sin temor á

la licencia. Pestes públicas que me han corrompido, como otros muchos, y que son capaces de corromper al universo, si no se instruye mas á los Pueblos de la verdad de nuestra Religion.

Otras veces en ocasion oportuna, decia: Sí; todos esos grandes Filósofos, que han pervertido los Pueblos con sus pérfidos escritos, no eran mas que hombres orgullosos. Por vanidad, por distinguirse y adquirir una gloria infeliz publicaban opiniones nuevas y atrevidas, y como estas abrian las puertas á la relaxacion, las recibian los incautos con placer. Esta vana y miserable gloria era el primer impulso, que animaba su insolente pluma, y la triste celebridad que por su desgracia encontraban en la humana corrupcion, era un estímulo nuevo, que los impelia á multiplicar sus desacatos. Observad á Voltaire, el padre, el patriarca de todos, que empezó tímidamente, aventurando algunas ideas atrevidas, y acabó por vomitar las mas absurdas y perniciosas blasfemias.

Pero es claro, que así él como todos los de su especie proceden de mala fe; porque no hacen otra cosa, que proponer dificultades sobre objetos, que por su elevada naturaleza el hombre no es capaz de penetrar, y repetir objeciones mil veces respondidas, y cuyas respuestas no veia el pueblo, que se dexaba seducir, pero que ellos no ignoraban. Ved aquí toda su pérfida ocupacion: jamas hacen memoria de los irresistibles convencimientos de la Fe, jamas hacen memoria de este admirable conjunto de pruebas, que con tanta evidencia, y por tantos medios demuestran la verdad de la Religion; y yo, po-

bre ignorante, les hago un dilema, que quisiera oir cómo le pueden responder.

Venid acá, les diria yo, Promotores de la incredulidad; venid vosotros, que os burlais de la fe christiana y de nuestra santa simplicidad. Decidme, ¿conoceis, ó no conoceis, los fundamentos de esta fe? ¿Sabeis por qué motivos creen los Christianos misterios tan superiores á la razon, y practican á tanta costa una doctrina austera y contraria á la inclinacion de sus sentidos; ó no lo sabeis? Si no lo sabeis, ¿por qué os meteis á hablar y burlaros de lo que ignorais? Y si lo sabeis, ¿por qué os deteneis en objeciones incoherentes y desunidas, que no pueden alterar sus fundamentos? ¿Por qué no atacais el tronco? ¿por qué no exponeis á la vista todo el cuerpo del edificio, para impugnarle por sus cimientos?

Si el sistema del Christianismo es falso, si teneis medios de echarle por tierra, si vuestras armas son bastante fuertes para derribarle, ¿por qué no os valeis de ellas para combatirle? No hay camino mas seguro para que obtengais esta victoria, y para desengañarnos de nuestras ilusiones, que hacernos ver, que los motivos de nuestra creencia son fútiles. ¿Por qué pues no los atacais? ¿Por qué quando con mas empeño trabajais en desacreditarla, teneis el astuto cuidado de escondernos sus fundamentos? Confesad, que ó sois poco hábiles, si pudiendo mostrar la debilidad de sus pruebas no lo haceis; ó muy pérfidos, si porque conoceis, que no teneis fuerza para derribarlas, no las acometeis de frente.

Teodoro no acababa, quando emprendia sus invectivas contra los Filósofos, y animado de un vivo zelo los estrechaba y deshacia. Pero quando llegamos á las cartas en que tu Director empieza á dibuxar el hermoso y magnífico edificio de la Religion, la eslabonada y nunca interrumpida cadena de hechos, que empiezan con la creacion del mundo, que descienden á Jesu Christo, y vienen hasta nosotros, probados con tanta evidencia y claridad por monumentos públicos y subsistentes, de que nuestros mayores fuéron testigos oculares, y nosotros lo somos por tradiciones incontrastables; entónces su espíritu se elevaba, su corazon parecia dilatarse con la hermosa vista de una composicion tan bien ordenada como clara, y como si estuviera penetrado con todos los rayos de una luz celestial.

¡Qué concierto! exclamaba: ¡qué armonía! Todo es divino, todo se corresponde, y todo está en su lugar. ¿Quién sino Dios podia hacer una obra tan sublime, en que todo está tan justamente encadenado, y donde nada se contradice? ¡Qué ciego está el que no vé tan brillante esplendor, quando se le presenta á la vista! ¡Ay, Mariano! Yo era uno de esos ciegos, los pérfidos Filósofos me tenian alucinado; pero gracias al Cielo, que se dignó de enviarme la luz por estas cartas.

Quando llegamos á las pruebas de la Resurreccion de Jesu Christo, entónces me pareció, que se inflamaba con ardor mas activo. Sus ademanes y expresiones me persuadiéron, que estaba muy penetrado de la evidencia y solidez de aquellas pruebas. Ya habia repetido

muchas veces : ¡ Insensatos! ¿ Vosotros creeis , que Alexandro conquistó la India , y que Cesar sojuzgó á Roma, porque os lo refieren dos ó tres Autores contemporáneos, que lo escribiéron á vista de los pueblos , que fuéron testigos de estos sucesos ; porque lo han creido los siglos posteriores , y porque estas noticias han llegado sin contradiccion hasta vuestros dias?

Y vosotros mismos no creeis los hechos de la vida y muerte de Jesu Christo , que han sido escritos por tantos Autores coetáneos en presencia del pueblo Judío, y de los mismos verdugos ; no creeis sus milagros , que atestiguáron los mismos Autores, que los viéron , que no han podido negar sus enemigos , y que convirtiéron tantos millares de hombres ; vosotros no creeis su Resurreccion, aunque sostenida con el unánime testimonio de todos los Apóstoles y discípulos que la viéron , y que aseguráron que le habian hablado despues de resucitado , y eran hombres tan santos , que hiciéron tambien milagros , con que convirtiéron otros innumerables Judíos : vosotros no creeis su Ascension pública, aunque mas de quinientas personas en medio de los tormentos , y amenazadas con la muerte aseguran haberla visto.

En fin vosotros no creeis lo que se viéron forzados á creer hombres tan incrédulos como vosotros , y lo que á pesar de su repugnancia natural, se viéron obligados á practicar. Vosotros despues de muchos siglos quereis ver mejor que los coetáneos , despues de tantos años quereis juzgar mejor que los que vivian entónces , y que el auditorio sepa mas que los testigos. Pero vosotros que sois tan linces, y que teneis una vista tan larga , decid-

me , ¿ cómo las Iglesias Christianas fuéron desde luego tan numerosas? ¿ cómo pudiéron desde sus principios contar en su seno tanto número de fieles , si no habia pruebas que los determinasen , ni milagros que los convirtiesen ? ¡ Insensatos! ¡ mil veces insensatos !

Llegamos al momento en que tu Director , encendido con el fuego de su zelo, se puso de rodillas , y levantando su corazon á Jesu Christo , le protestó nuevamente su fe y adoracion , diciéndole . Yo te adoro y reconozco por mi Dios ; y quando tú arrebatado con el mismo sentimiento tambien te arrodillaste y repetiste inopinadamente : *y yo tambien.* Te confieso , amigo , que la descripcion de esta tierna y patética escena me excitó tan viva y enternecida conmocion, que no fuí dueño de mí, las lágrimas me saltáron á los ojos , y me vi obligado á interrumpir la lectura.

Teodoro se puso en pie , y con un tono grave y pausado me dixo : Nunca he leido este pasage sin haber repetido como el eco esa tierna y dulcísima palabra. Quando la leí la primera vez , las lágrimas me inundáron las mexillas, y sentí tambien un poderoso impulso que me hizo pronunciar estas palabras. Mi corazon y mis labios despues las han repetido muchas veces , y me parece que cada vez las pronuncio con sentimiento mas íntimo y afectuoso : hasta ahora no se las he dicho mas que á Dios, porque no he tenido otro testigo ; pero ahora que lo eres tú , tú que eres Sacerdote , y que yo respeto como su Ministro , se las voy á ratificar en tu presencia. Se puso de rodillas delante de mí , y alzando al Cielo las manos y los ojos dixo : Sí , Jesus adorable,

yo tambien te adoro, y yo te reconozco por mi Dios y por mi Redentor. Renuevo en presencia de tu Ministro los votos de mi Bautismo. Hago y haré pública profesion de Christiano: dignate de perdonar mis delitos, y de sostenerme con tu gracia. Tú, Mariano, ruega por mí, y ayúdame en mis santos deseos.

Este movimiento de Teodoro, y la humilde y bien sentida expresion con que me hizo aquel discurso, acabáron de desatar las fuentes de mis ojos, y anegado en mis lágrimas me arrojé entre sus brazos. Yo dí interiores y muy expresivas gracias al Dios de bondad, que por un milagro de su providencia habia enternecido con tanta fuerza á un corazon que yo creia muy altivo y tenaz. ¿Pero qué no puede la dulce eficácia de la Divina gracia? Allí hicimos otros muchos discursos, todos relativos á tu situacion y la nuestra, y pude observar con mucho gozo mio, que estaba penetrado del dolor mas sincero, y muy resuelto á mejorar sus antiguas costumbres. La abundancia de las ideas, y la conmocion de los ánimos no nos permitió continuar aquella noche la lectura, y la reservamos para las siguientes.

En efecto la seguimos sin interrupcion, y una de las cosas que me causáron muy viva complacencia fué, que quando llegamos á las cartas en que nos refieres lo que te habia pasado en tu Confesion y Comunion; Teodoro no cesaba de decir con voz baxa, y con un verdadero y profundo sentimiento que salia de lo íntimo de su corazon: ¡Dichoso tú! ¡feliz mil veces tú! ¡quién se viera como tú! y otras expresiones semejantes, que

me mostraban quán viva era la sensibilidad de su alma, y que pensaba sériamente en ser émulo de tu felicidad.

Quando tu Director se preparaba á darte la absolucion, y te hizo aquel discurso tan tierno y christiano, figurándote abrazado con la Cruz, y pronto á recibir la Sangre del Cordero con que iba á purificarte de tus culpas, no pudo contener sus sollozos, y se deshizo en un largo y abundante llanto. Quando tú describes el memorable instante, en que estando postrado á sus pies y cosido con la tierra, tu Confesor pronuncia en nombre y con la autoridad de Dios las santas y divinas palabras, exclamó con un suspiro, que le salió de lo íntimo del pecho: ¡Ah! ¡quándo llegará para mí dia tan venturoso! Lo mismo sucedió quando leimos el momento de tu Comunion; en fin á cada paso, á cada instante de nuestra lectura, Teodoro la acompañaba con expresiones muy tiernas y fervorosas.

Tampoco pude yo dexar, amigo, de enternecerme, quando llegamos al pasage en que haces memoria de mí; pero quando ví que deseabas que fuese á vivir en tu compañía, y cuidar de la educacion de tus hijos, sobre todo quando llegué á la carta que me escribes, y en la que directamente hablas conmigo; mi turbacion fué extrema. Quise decir alguna cosa á Teodoro, con el fin de hacerle conocer mi incapacidad para un oficio tan elevado y tan dificil como el de dirigir almas de jóvenes, y añadir á la necesaria instruccion el cuidado de conducirlos á la virtud; pero Teodoro me atajó diciéndome. No te digo nada hasta que acabes de leer la carta que

te escribe, y que tengas tiempo de reflexionarla. Yo hice esfuerzo para someterme, la leí toda, y despues de haberla acabado le dixe:

¿Puedo ya decirte lo que me parece? Sí, me respondió. Pues bien, amigo, le volví á decir: El Cielo no pudiera presentarme una ocasion mas grata, ó que me fuera mas dulce, que la de ir á vivir y morir con un pariente que amo, y un amigo que estimo. ¿Qué pudiera serme mas útil, que concurrir á sostener su nueva vida, y santificarme yo mismo, contribuyendo á su santidad y la de su familia? ¿Qué pudiera serme mas agradable, que hacerle un servicio tan importante como encargarme de la crianza de sus hijos, y cultivar dos tiernas plantas para Dios? Pero, Teodoro, tú sabes que yo no he hecho sino los estudios comunes, que no he aprendido sino lo muy preciso para el desempeño de mis obligaciones. Los hijos de un hombre tan distinguido como nuestro amigo, que presto se verán en disposicion de aspirar á los primeros empleos del Estado, ¿pueden fiarse á la enseñanza de un hombre tan poco instruido como yo?

La educacion es un grande arte, una ciencia acaso mas dificil que otra alguna. Los primeros hombres de todos los tiempos se han dedicado con el mayor esmero á escribir sobre ella, á dar reglas, á prescribir documentos. Aun entre los mas ilustrados hay pocos capaces de desempeñar bien esta confianza; porque yo supongo que la instruccion es lo de ménos, y que lo esencial es inspirarles el amor del bien, y encaminarlos á la virtud, sobre todo á la virtud propia de su estado, y particularmente á aquellos que por su fortuna y nacimiento nacen, digámoslo así, destinados á mandar á otros hombres.

¿Y qué puede saber de esto un pobre Eclesiástico como yo? Mi vida ha sido siempre obscura y retirada; jamas he puesto cuidado ni dirigido mis atenciones á objetos de esta especie; y no es posible saber lo que no se ha aprendido ni meditado. Si nuestro amigo me desea para qualquiera otra cosa en que yo conozca que le puedo ser útil, al instante volaré á servirle; pero para Ayo de sus hijos, para dar educacion á dos niños que presto se verán en el caso de obtener empleos distinguidos, este es un encargo muy superior á mis luces.

Yo fuera indigno de tan alta confianza, si abusara de la prevencion que muestra en mi favor, si no resistiera á una instancia que me lisonjea tanto, y no me perdonara á mí mismo la baxeza de no haberle desengañado. Teodoro me dexó acabar sin interrumpirme, y quando vió que callaba, me dixo: ¿No tienes mas que decirme? ¿Y qué mas quieres le respondí yo? ¿Qué queda que decir al que dice que no debe admitir una ocupacion, porque no puede desempeñarla bien?

No te toca juzgarte á tí mismo, me volvió á replicar Teodoro. Confieso que esta es una ocupacion muy laboriosa, que un hombre encargado de la conducta y crianza de dos niños no tiene un instante suyo, que todos sus momentos deben estar empleados con la mas activa vigilancia, no solo para estorbar los continuos peligros á que se aventura su incauta edad, sino para que sigan el incesante y alternado curso de sus estudios, y mas aun

para no dexar que se acompañen con quien pueda corromper la inocencia de sus corazones.

Pero no creo, Mariano, que la idea que tienes de lo penoso de este exercicio, sea la razon que te estimula para no aceptarle. Me parece que tú harias á Dios este sacrificio, si creyeras que con él le agradabas. Tú haces otros que no son mas fáciles, y sin duda no rehusarias este que puede ser tan útil. Lo que te detiene es la desconfianza de tí mismo, el temor de no poder desempeñarle bien, y la idea de no hallarte propio para tan alto encargo.

Yo no quiero hacerte mas que una reflexîon. Si nuestro amigo fuera lo que ha sido, si te lo propusiera un padre que viviendo en el mundo, quisiera que los educaras para el mundo, concibo que fuera de otras razones que pudieras alegar para excusarte, tendrias tambien la de no considerarte apto para ello: porque para la frívola y afectada educacion del siglo es menester tener y enseñar ciertas futilidades, de que tú careces; pero, Mariano, ¿no sabes lo que es menester saber para enseñar á dos niños á ser Christianos?

Si no fuera mas que eso, le dixe yo, quizá lo aceptaria sin embarazo; porque á Dios gracias he procurado aprender bien mi Religion, y espero que en esta parte no seria inútil mi desvelo. Pero ::: Dime, amigo mio, me interrumpió: ¿tienes algun motivo que te detenga en la Ciudad? ¿algun negocio en que tu presencia sea necesaria? ¿alguna persona cuyo comercio te sea agradable, y cuya falta produxera un vacío en tu corazon? Explícate con franqueza.

Yo no tengo, le respondí, ningun negocio que me pueda detener. Desde que abracé el estado Eclesiástico supe que no debia ingerirme en ninguno. Contento con mi renta módica, pero suficiente para las necesidades á que me he ceñido, no deseo mas, ni aspiro á otra cosa. Amigos no me faltan; pero yo prefiero á todas las amistades la de Dios, y para obtener esta no hay ninguna que me pueda detener. Pues siendo así, me volvió á decir, es imposible que resistas á las recomendables solicitudes de un padre que implora para sí mismo y para sus hijos los oficios de tu amistad.

Te confieso, amigo, que no me rendí todavia á sus instancias, y que duró mucho tiempo nuestra disputa. Teodoro diversificaba sus razones. Me expuso todos los motivos que le pareciéron capaces de persuadirme; pero yo me mantenia constante, encerrándome siempre en el conocimiento de mi insuficiencia; y viendo que no podia ganar nada conmigo se quedó largo tiempo suspenso y pensativo; baxó los ojos al suelo con ademan de meditar profundamente: yo tambien me quedé silencioso, procurando armarme contra sus persuasiones.

Esta recíproca suspension duró algunos minutos; pero al fin Teodoro levantó la cabeza y me miró con ademan muy notable y decidido: yo ví en su persona un ayre tan magestuoso y respetable que me inspiró una especie de veneracion. Su fisonomía se revistió de una agradable severidad. Me pareció que sus ojos resplandecian con un fuego que nunca habia visto en ellos; los fixó sobre los mios, que con tímida vacilacion aguardaban lo que iba á decir, y despues de alguna pausa, con voz dul-

ce, pero firme y asegurada, me dixo: En vano te resistes, Mariano; es preciso ceder á los decretos del Cielo.

Un oráculo que fuera inspirado, no pudiera pronunciar ó descubrir los secretos de la Providencia con tanto decoro y magestad. Te aseguro que estas pocas palabras me penetráron, me asombráron y aturdiéron. El corazon me dió un vuelco. No sabia qué pensar ni qué decir; pero mi turbacion fué mayor quando despues me añadió: Dime, Mariano, ¿quién es el que conduxo á nuestro amigo á ese Convento? ¿Quién le preparó tan santo y tan zeloso Director? ¿Quién le abrió los ojos y le ha traido á la Religion y á la virtud? ¿Quién le inspiró escribirme estas cartas que hemos leido? ¿Y te parece que yo las hubiera leido, si contra mi costumbre y á pesar de todas las apariencias, muchas circunstancias no me hubieran determinado?

¿No observas que para que yo las leyese, era menester que viniesen de la mano de un amigo? ¿Qué hayan venido unas despues de otras, de modo que empeñasen mi curiosidad? ¿Las hubiera yo leido si hubieran venido juntas, ó si hubiera sabido de lo que trataban? ¿Y las hubiera leido, aunque sucesivas, si me hubieran llegado quando estaba en mi casa? ¿Podia haber hallado tiempo para leerlas, quando no le tenia para mis no interrumpidos devaneos? Ha sido menester que me hallasen en Palacio, de donde no puedo salir, y en donde tengo mas tiempo para leer.

Observa tambien cómo la Providencia ha conducido mi corazon en la lectura de estas cartas. Las primeras me hiciéron reir, y me pareció que podia divertirme con las otras. Las siguientes me inspiráron la curiosidad de saber cómo podria aquel Director desempeñar la atrevida promesa de probar con evidencia verdades que yo tenia por ridículas. ¿Y quién es el que ha juntado todas estas circunstancias? ¿Quién ha dado el ser á estas combinaciones? Considera todo lo singular y extraordinario que hay en la simultanea conversion de tres monstruos, contando á Manuel, y dime, ¿quién puede ser el autor de estos prodigios?

Yo le respondí, que visiblemente era Dios: y él volviéndose á revestir de mucha dignidad, como si le inflamara una sobrenatural inspiracion, me volvió á decir: Pues bien; ese mismo Dios que ha echado una ojeada de conmiseracion sobre nosotros, quiere que tú sostengas á nuestro amigo, y le ayudes á cuidar de su familia, y de la educacion de sus hijos.

No te acobarde tu nimia timidez. El que ha conducido acontecimientos tan extraños, sabrá dirigirte en la vocacion á que te destina. Yo por mi desgracia entiendo poco sus arcanos, porque nunca he andado sus caminos, y desde luego me reconozco indigno de hablar de ellos. Me parece que tu confianza fuera presuntuosa, si te fiaras en tus propias fuerzas, si te apoyaras sobre tus talentos adquiridos; pero que si confias en Dios, si no lo emprendes sino por seguir la senda que te muestra, y si le pides que te ayude con su gracia, puedes esperar que su luz te ilumine. Y sobre todo tú enseñarás á tus pupilos á ser Christianos; pues el que sabe ser Christiano lo sabe todo, ó sabe todo lo que es menester que sepa.